

# EL TESORO *de* La Mancha

IVÁN MARTÍNEZ DE MIGUEL



---

---

# Índice

Prólogo .....	9
I.....	11
II.....	21
III.....	31
IV.....	39
V.....	41
VI.....	49
VII.....	59
VIII.....	63
IX.....	71
X.....	83
XI.....	91
XII.....	93
XIII.....	107
XIV.....	117
XV.....	125

---

XVI.....	133
XVII.....	137
XVIII.....	145
XIX.....	155
XX.....	165
XXI.....	169
XXII.....	177
XXIII.....	185
XXIV.....	193
XXV.....	203
XXVI.....	215
XXVII.....	221
XXVIII.....	233
XXIX.....	241
XXX.....	249
XXXI.....	257
XXXII.....	269
XXXIII.....	283
XXXIV.....	293
XXXV.....	303
XXXVI.....	313
Epílogo.....	323
Agradecimientos.....	325

---

---

## Prólogo

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...», bueno, tal vez sí. En realidad, el protagonista de esta historia recuerda muy bien los sitios que visitó en su aventura, pero es muy pronto para revelarlos todavía.

Las joyas de La Mancha se alzan poderosas en cada rincón de esta comunidad autónoma con tanta historia, espacios preciosos, magníficos y que a veces han caído en el olvido con el paso de los años. Localidades y zonas maravillosas, singulares y diferentes que se merecen el reconocimiento y la conservación del patrimonio a lo largo del tiempo.

Es hora de descubrir un poco más de estas áreas extraordinarias que están más cerca de lo que pensamos y al alcance de cualquiera. Emplazamientos que pueden sorprender gratamente al lector en su viaje por «los tesoros de La Mancha». O al menos eso espero.

Tesoros hay muchos, pero solo Mateo Alcaraz supo investigar cada uno de estos lugares para encontrar el suyo. Supo capturar su esencia más absoluta para alcanzar uno de los misterios que la historia llevaba reclamando desde hace siglos. Ahora

---

él tenía la clave para conseguirlo, los conocimientos para des-  
entramar sus misterios y el coraje para buscarlo a pesar de los  
contratiempos.

¿Te atreves a acompañarlo en su búsqueda del tesoro?

---

# I

Tras una semana de llantos, lloros y lamentaciones para despedir para siempre a su tío, ahora se hallaba camino a un lugar desconocido. Un abogado con acento extraño había llamado el día anterior para concertar una cita. No era lo que más le apetecía, pero debía hacerlo. Una de esas cosas que nunca sabes cómo resultarán o si tendrán alguna consecuencia en el futuro.

Al parecer, su tío había sido muy específico con las pautas que tendrían que tomar el día que faltara. Y allí estaba Mateo, camino a la lectura del testamento. No comprendía qué se iba a encontrar ni a quién iba a ver.

Su familia nunca estuvo unida. Sus padres lo tuvieron siendo muy jóvenes y desde entonces se distanciaron del resto debido a desavenencias con sus progenitores y parientes. Aún desconocía el porqué. Reunirse para cenar en Navidad o celebrar cumpleaños se convertía en algo que imaginaba solo en sueños. Quería a sus padres, pero echaba en falta esa parte familiar que veía en la mayoría de sus amigos.

Llegó antes de lo previsto. El emplazamiento lucía un edificio alto y ancho. Los amplios ventanales dominaban el espacio con unos cristales bien cuidados y sin manchas. Su diseño y su lim-

---

pieza dejaban pasar los rayos del sol, que penetraban a través de ellos iluminando cada pasillo, cada despacho y cada sala. Creaban luces de colores e incluso pudo ver el arcoíris.

Acudió a la segunda planta, donde lo citaron. Una secretaria morena, corpulenta, bien arreglada y con rasgos extranjeros lo recibió con timidez y amabilidad. Tal vez acababa de entrar a trabajar allí, o tal vez conocía a la perfección las difíciles situaciones a las que se enfrentaban las personas que acudían e intentaba hacer su estancia más llevadera. Nunca faltó una sonrisa en su cara, lo cual Mateo agradeció.

El joven esperó cerca de la puerta recordando el nombre de su inquilino, Aníbal Abdul. El hombre del teléfono lo advirtió sobre lo que podía ocurrir en ese día. Habría visto casos parecidos al suyo. «Conozco a tu tío desde hace tiempo —dijo en su llamada de advertencia—. Las relaciones con el resto de la familia nunca fueron fáciles para él. El reparto de su herencia no será algo sencillo. Ven descansado y prepárate para lo peor».

Con semejante aviso, hizo lo que el abogado pidió y durmió lo máximo posible. Un par de valerianas y una tila hicieron su función para calmar los nervios.

Ahora estaba acomodado tranquilamente en un sillón viendo el devenir de la gente mientras observaba las luces proyectadas por los rayos del sol. Se hallaba mentalizado para reprimendas, para gritos y para ver a familiares ansiosos por las pertenencias de su tío.

La familia de su padre era un núcleo pequeño, solo vivía una de sus abuelas y no tenía hermanas. Sin embargo, el árbol genealógico materno se tornaba numeroso. El fallecido era hermano de su madre, el único familiar con el que Mateo había mantenido relación en los últimos años. De ahí que los desacuerdos fueran a producirse casi de manera instantánea, ya que nunca se había llevado demasiado bien con el resto de miembros de la familia.



---

Su tío Braulio nunca se casó, había estado la vida dedicado a su trabajo como químico. Ello lo llevó a ser reconocido en la comunidad científica como uno de los mejores del país y ganar numerosos premios. Nadie le conoció pareja alguna, ya que como decía: «No tengo tiempo para eso cuando hay tantas cosas que ver en el mundo». Algunas de sus grandes aficiones fueron viajar, la escalada y la arquitectura, *hobbies* por los cuales tenía amigos a lo largo y ancho del mundo.

Ese carácter bonachón, amable y simpático lo transformó en una de las mejores personas que había conocido en su vida. Pero no eran los únicos de su familia materna. Braulio y su madre, Joana, sumaban dos hermanos y dos hermanas más. Un núcleo numeroso que difícilmente se pondría de acuerdo para repartir los enseres de su tío.

Sus tías habían emigrado rápido del pueblo donde crecieron sin dar cuentas a nadie. Se casaron pronto y tuvieron descendencia, primos que aún no conocía y que no creía que fuera a ver jamás. Su madre le enseñaba alguna foto de vez en cuando, era el mayor contacto que mantenía con ellos. Por su parte, sus tíos permanecieron en la finca familiar encargados de las faenas del campo, los animales y las cosechas.

Ellas tal vez pensaron que iban de boda o comunión, con vestimentas inadecuadas para una ocasión como esa, más pintadas que un fresco mal acondicionado en un intento fallido de elegancia; su experimento se saldó con un *look* excesivo e incorrecto. Taconearon durante el largo pasillo hasta el despacho, saludaron a su sobrino con una actitud altiva, charlaron con la secretaria animadamente y entraron sin mirar a nadie más.

Sus tíos eran grandes y rollizos, con el cuello pequeño y la cabeza voluminosa. Todo lo contrario al físico de Mateo, era alto, moreno y delgaducho. Criados en el pueblo desde hace décadas, no habían hecho otra cosa que dedicarse a la agricultura, hereda-

---

da de la familia. Apenas los conocía y le hubiera gustado saber más de ellos porque parecían buena gente. Siempre andaban muy ocupados, incluso más que él mismo.

Finalmente, entre las prisas de cada llegada, observó a su madre. Joana se extrañó un poco al principio al detectar a Mateo en la lectura del testamento. Pero, pensándolo mejor, tampoco tanto al saber la buena relación que siempre lo había unido a su tío.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —preguntó su madre mientras estampaba dos sonoros besos en sus mejillas. Al menos, alguien se alegraba de verlo, después de la comitiva familiar que pasó por delante sin detenerse un segundo.

—El abogado me llamó ayer. Me dijo que también debía estar presente en la lectura del testamento. ¿Tú sabes algo? No me habrá dejado nada, ¿verdad?

—Ya conoces a tu tío Braulio, cualquier cosa es posible.

Cuando entró en la sala contigua al despacho del abogado, pudo vislumbrar, ya sentadas, a sus tías gemelas, Pamela y Penélope, a las que no se parecía en nada y notaba impacientes; también sus tíos Bruno y Leo, como si todavía no hubieran asumido la muerte de su hermano; su madre, aún compungida por su pérdida, y él mismo.

Guardaban silencio, esperando que el proceso comenzara lo antes posible.

Todavía se preguntaba qué hacía allí. El único sobrino al que el abogado llamó para estar presente durante la lectura del testamento. El resto de sus primos se habían quedado en casa, ya que nadie más apareció allí, solo sus tíos y su madre.

La enorme mesa de mármol se completó al mismo tiempo que se cerraba la puerta. No intuía qué iba a pasar, pero tampoco tardaría en averiguarlo. Su madre, sus tíos, sus tías y el abogado se miraron dispuestos a iniciar un trámite que disgustaba a todos.

---

Braulio había muerto hace tan solo unos días y el luto se palpaba en cada uno de sus rostros, en unos más que en otros.

Los minutos se hicieron horas metidos en esa diminuta sala. Al principio, Mateo intentó atender a lo que decía Aníbal Abdul, no tardó en desconectar al interpretar que todavía no llegaba su turno. Conservaba un gran recuerdo de su tío: alegre, vivaz y enérgico, poniendo todo su sentimiento en cada cosa que hacía. Nada relacionado con los enseres materiales, aquello por lo que se peleaban.

«... y a mi sobrino Mateo Alcaraz...», por fin escuchaba su nombre después de haber enumerado una serie de pertenencias, dinero y demás objetos de valor que serían destinados a diferentes causas benéficas.

No había hecho demasiado caso a la discusión sobre el testamento, sus familiares sí. Los escuchó constantemente gritar, berrear y jurar. Sus tíos estuvieron conformes con cualquier asunto, fueron Pamela y Penélope quienes rebatieron cada uno de los puntos. No estaban de acuerdo con nada, querían más y más de aquello que Braulio había ganado con su esfuerzo a lo largo de la vida.

Algunos habían hecho un largo viaje hasta allí y al final se irían con las manos vacías. Los únicos bienes inmuebles que dejó en herencia fueron sus dos casas, que se repartirían de forma equitativa entre sus cinco hermanos.

Ahí es donde empezaron las discusiones: había opciones diversas si las ponían a la venta, las alquilaban o alguno se quedaba con ellas comprando su parte al resto. Pero había que tasarlas y el precio de mercado no estaba tan apabullante como hacía años.

El resto del dinero decidió donarlo a causas benéficas, como la lucha contra la esclerosis lateral amiotrófica, conocida como ELA. Esa enfermedad había sido la causante de llevárselo antes de lo que todos hubiesen querido. Destinó parte de sus ahorros

---

a ayudar en la investigación sobre ese problema, que cada vez afectaba a más personas en el mundo. Otra parte de su pequeña fortuna fue a parar a asociaciones y becas para la Facultad de Química, que tan poco dinero suele recibir.

El calor y el cansancio empezaron a hacer mella entre los inquilinos del despacho de abogados en el que se encontraban recluidos.

—... y a mi sobrino Mateo Alcaraz —volvió a repetir el abogado, dirigiéndose al joven, embelesado en sus historias— le dejo este sobre, que contiene algo mucho más importante que mi dinero o mi fortuna. Contiene una parte esencial de mi vida.

—¿Qué es?, ¿qué es? ¿Algo de dinero? —preguntó impaciente una de sus tías.

Abdul deslizó un sobre marrón, fino, que estaba abierto. Cuando sus tías comprobaron que contenía únicamente unos papeles, dieron un resoplido de decepción y alivio. Su opinión no importaba demasiado y al final su familia se mostró indiferente al ver su contenido. Para ellos no poseía nada de valor y era irrelevante, para Mateo se transformaba en algo mucho más importante que cualquier casa o dinero.

Sacó el papel fuera del sobre y leyó las palabras de su tío. Las últimas frases escritas antes de la muerte, palabras escogidas de manera muy concienzuda. Apreciaba eso más que las peleas de su familia y no pudo evitar derramar una lágrima mientras se empapaba del mensaje.

Mi querido sobrino:

Si estás leyendo esto, es porque al final ha ocurrido lo que nadie quería y me he marchado para siempre. No llores mi pérdida, sabes que he sido capaz de disfrutar de cada momento,

---

y a ti te queda un largo camino por recorrer lleno de alegrías y oportunidades como para desperdiciarlo cargado de tristeza.

Al margen del resto de mis pertenencias, a ti, la persona más especial de todas, te dejo algo en lo que llevo trabajando casi toda mi vida. Y al final encontré. No es dinero, ni casas, ni propiedades, ni pertenencias. Tiene más valor que todo ello. Es la búsqueda de mi vida y de algo increíble que llevan investigando desde hace milenios y se ha creído un mito o una leyenda. Pero es real.

La mayoría no están preparados para descubrir su secreto. Tú eres más listo que todos, ya que no te mueves por los motivos que los demás querrían. Por eso, Mateo, solo a ti puedo confiarte este secreto, que espero que guardes como es debido. No puede caer en las manos equivocadas.

Te dejo una misión, una aventura, una de nuestras búsquedas del tesoro. La última búsqueda que podremos hacer juntos ahora que ya no estoy. Debes encontrar algo por mí, unir todas sus piezas y ponerlo en el lugar adecuado sin que nadie se interponga en tu camino.

No te puedo decir nada más al respecto, nadie debe conocer mucho sobre este asunto. Ahora debes hacer frente a esta nueva búsqueda como si se tratara de los típicos casos a los que te enfrentas como detective, aunque el resultado final es mucho mayor de lo que imaginas.

¿Aceptas el reto?

No entendía a qué se refería su tío con ese tipo de secreto, esa aventura y esa misión. Se había convertido en su última voluntad y la última oportunidad de sentir a Braulio cerca. Por supuesto, Mateo aceptó complaciente el reto que imponía. Lo hizo interna-

---

mente, sin que nadie supiera nada del relato del sobre. Era mucho más importante que el dinero, la última misión que harían juntos.

Mientras leía el manifiesto de su tío, observó cómo el resto de su familia fue desfilando hacia el exterior de la sala. No había más puntos que tratar, el legado de Mateo fue el último asunto del testamento de Braulio. Salieron con rapidez, sin tenerlo en cuenta, intuyendo que no había nada que fuera para ellos, solo algo personal que merecía leer en privado.

En la siguiente página, había otro trozo de papel con un poema corto, sin mucha gracia y mal rimado. La poesía era la asignatura pendiente de su tío. Lo importante no se hallaba en las rimas asonantes o consonantes del poema, fue la pista para iniciar la búsqueda del tesoro del que hablaba.

Dibujó una sonrisa en los labios cuando del sobre cayó un pequeño llavero, o un amuleto, que identificaba por completo a su tío: una salamandra de oro tallada en una forma circular, con restos de algún tipo de sustancia que no supo identificar. Como las salamandras, Braulio se identificaba con hábitos nocturnos, ya que trabajaba por la noche. Era moreno y con pecas, igual que las salamandras de color negro y manchas amarillas.

—Bonito llavero, ¿tiene algún valor sentimental? —indagó Abdul.

—Eh, no, no lo había visto nunca —respondió a la pregunta indiscreta del abogado, que no le quitaba ojo. Quizás para que saliera de una vez, aunque Mateo se sintió incómodo. Era verdad, nunca había visto ese llavero, pero entendía que pertenecía a su tío por todo lo que representaba.

—Seguro que vale bastante, parece de oro. —Hubo un silencio embarazoso sin nada que expresar, entonces estrechó su mano antes de seguir— De cualquier forma, volveremos a vernos, Mateo. Te llamaré pronto, tienes que pasarte de nuevo a firmar unos papeles que todavía no están listos.

---

Mateo se despidió de Aníbal con la mano, sabiendo que tendría que regresar al despacho otra vez. Pudo percatarse de la tez morena del abogado, sus ojos negros llenos de curiosidad, unos rasgos extranjeros que le recordaban a los de su secretaria, así como un acento poco común.

Emergió del emplazamiento cargado de ira, rabia y opresión por parte de su familia para tropezarse de lleno con su madre. Había abandonado la sala previamente con sus hermanos para continuar discutiendo sobre la herencia de su tío. Ahora se despedía de sus hermanas, que increpaban a Abdul sobre algún otro tema.

—¿Eso es lo que te ha dejado Braulio? —indicó su madre, señalando el llavero que Mateo sostenía entre sus manos y al que no paraba de darle vueltas.

—Al parecer, no es lo único —Mateo bajó la voz para pronunciar las siguientes palabras y no distinguía el porqué. Tal vez por el secretismo que predicaba su tío en la carta—. Quiere que haga una búsqueda del tesoro, como cuando era pequeño.

—Típico de tu tío.

Ambos rieron ante la realidad.

Otra de las características de su tío siempre fueron las búsquedas del tesoro. De niño, cuando llegaba su cumpleaños, Braulio invitaba a Mateo a su casa y preparaba una yincana que superar para conseguir un regalo. Ponía pistas por todas partes para resolver una detrás de otra y hallar el premio final.

Esa se convirtió en una de las partes que más adoraba de hacerse un año más mayor: saber que su tío le prepararía una nueva búsqueda del tesoro. El transcurso de los años y el trabajo intenso de Braulio y de Mateo hicieron que no pudieran celebrarse con la regularidad que hubieran querido. A lo que pronto se sumó la enfermedad, que lo mantuvo alejado de todo el mundo al no querer ver a casi nadie. Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

---



---

## II

Mateo creía que las búsquedas realizadas a lo largo de su infancia fueron determinantes para hacerse detective privado. Las pistas, el rigor, las noches de vigilancia, la investigación, la manera de tratar a los clientes: todo lo aprendió de su tío. Lo hacía día a día con las mismas ganas que cuando buscaba tesoros escondidos en su casa.

Por ello, se graduó en Criminología y realizó un curso específico de detective privado en la Universidad Complutense de Madrid. Fueron años duros, ya que compaginó ambos estudios cuando tuvo los créditos necesarios para acceder de la carrera al curso. Al final, el esfuerzo mereció la pena cuando fundó un despacho de investigación privado con uno de sus mejores amigos de la facultad. Desde entonces, no faltaba trabajo.

Con las prisas de salir del despacho de Abdul, un abogado curioso y competente, no se detuvo a releer los documentos heredados de Braulio. Su carta, tan sentimental, y su llavero en forma de salamandra atrajeron su atención y no se acordaba de las malas rimas del poema. Pequeñas palabras que, sin embargo, su tío escogió con sumo cuidado para hacérselas llegar.

---

Cuando alcanzó su lugar de trabajo, Román se hallaba apostado en la mesa contraria a la suya haciendo una llamada. Él había sido su mejor amigo durante años y cuando le ofreció la oportunidad de crear un negocio juntos, no lo dudó. Lo consideraba un chico bastante guapo, algo despistado, tenía el pelo castaño y un cuerpo bien trabajado en el gimnasio que volvería loca a cualquier persona con apetito sexual.

La confianza que existía entre ambos era completa, algo que Mateo necesitaba en estos instantes. Al colgar el teléfono, fue a abrazar a su amigo. Pensaba que no estaba pasando una buena racha con la enfermedad y muerte de uno de los pilares de su vida. Se transformaba en una de las pocas personas con las que podía ser sincero y mostrarse cómo se sentía. Aunque no comprendiera el dolor que sufría.

—Y bien, ¿qué ha pasado? ¡Cuéntame! —curioseó Román ante la cara de desasosiego de su amigo, compañero y socio.

—Aparte de las broncas, las peleas y los gritos por la herencia de mi tío, Braulio me ha dejado esto —expresó mientras mostraba la salamandra dorada.

—¿Un llavero?

Ambos rieron por la absurda situación en la que su tío, un gran químico reconocido en la comunidad nacional e internacional por sus hallazgos, hubiera cedido a su sobrino favorito un llavero y nada más. Acercó la carta que examinó en el bufete del abogado y los dos recitaron las palabras que al parecer indicaban la primera pista:

Aunque mi tiempo ya se haya acabado,  
hay un lugar donde todo está bien guardado.  
Recuerdos del futuro y recuerdos del pasado  
donde nuestras historias quedaron a tu cuidado.

---

Al parecer, esas palabras encerraban más que una simple metáfora, se trataba de frases bien escogidas, el primer indicio para facilitar el pistoletazo de salida a la búsqueda del tesoro, y Mateo no se había percatado de ello. Román hizo ver que estaba ante esas pistas, a las que, como investigadores privados, se enfrentaban a diario.

Hizo la misma pregunta que hubiera hecho a cualquiera de sus clientes:

—¿Qué te dicen esas palabras, Mateo? —importunó Román tras un minuto de reflexión—. Tu tío eligió esas palabras y no otras, eso es por una razón. Puede ser algo que solo tú sabes, algún significado especial, algo que hicisteis juntos. ¿No te dicen nada?

—Puede que sí...

Mateo empezó a repetir una y otra vez cada frase, cada palabra y cada letra. Percibía la existencia de un significado oculto en alguna parte y por eso insistía tanto. «Recuerdos del futuro y recuerdos del pasado», ahí residía la clave de todo. Los recuerdos son imágenes o situaciones pasadas que se quedan grabadas en la mente. Pero se preguntaba: «¿Cómo se crean recuerdos del futuro?».

Necesitaba un territorio donde hubiera recuerdos juntos que valieran para el pasado y para el futuro. Y entonces lo comprendió.

Cuando Mateo terminó su especialización como detective privado, Braulio aún no había descubierto su enfermedad y decidieron guardar un legado para las siguientes generaciones. Crearon una cápsula del tiempo, un artilugio donde almacenar recuerdos del pasado para abrirse en el futuro. Esa podía ser la pista, aunque allí solo había estudios de su tío y cosas sin ningún valor de Mateo.

No poseía nada más para continuar adelante, así que decidió seguir esa pista. Lo bueno de tener un amigo como compañero de trabajo y de profesión era la manera de organizarse para contar

---

con un tiempo libre cada vez más escaso. Si no había mucha demanda de clientes, bastaba con prepararse bien para solucionar los casos lo antes posible.

Román se encargaría de acudir a la comisaría de policía y hablar con un contacto que mantenía desde hace años. Entre manos tenían abiertos diversos casos de fraude y otros de apropiación indebida de la identidad que necesitaban ser resueltos con la máxima brevedad posible. Mientras, Mateo cogió el coche y puso rumbo a la casa de Braulio.

Su tío conservaba un caserón en la sierra, siempre con la ideología de alejarse del mundo y vivir tranquilo sin que nadie lo molestase. Un emplazamiento transformado en su pequeño paraíso, asemejándose, solo un poco, a la paz que había sentido en su infancia en el pueblo. Un sitio solitario donde llevaba a cabo los experimentos en los que invertía casi todo su tiempo.

Una hora distaba desde el despacho a su casa. Sesenta minutos en los que Mateo no paró de darle vueltas a la cabeza. Se estremecía al iniciar esa aventura sin despedirse de su tío como le hubiera gustado.

No tuvo el tiempo necesario para llorar su pérdida y hacerse a la idea de que no iba a volver. Esa búsqueda del tesoro y ese reto creaban un sentimiento más cercano a él y así no lo echaba tanto en falta, al menos no como los días posteriores a su muerte, donde todo había sido tristeza y melancolía.

Llegó más tarde de lo previsto debido al tráfico del camino. «Estas cosas no pasan en el pueblo», habría dicho su tío. Mateo rio solo en el coche ante ese recuerdo, una frase común que Braulio empleaba tan a menudo como coetilla. Y lo invadió una sensación de nostalgia que jamás había tenido.

Los ritmos de la música sonaban tristes en la radio de su nuevo coche. Un instante de añoranza en el que las sintonías decidieron acompañarlo. La lluvia tampoco había cesado en el trayecto,